

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 107

Administración: Cristóbal Bordúa, 1, Madrid

1.º Diciembre 1903

## *Dos documentos notables.*

Aunque no están escritas para ser publicadas las dos cartas que van á continuación, las damos á luz por creer que en ellas hay algo digno de ser conocido.

Nuestros lectores dirán si acertamos.

### **Carta escrita al vapor.**

Mi bien querido Urales: Recibo en este mismísimo momento LA REVISTA BLANCA, que le agradezco, y como no domino los asuntos de sociología, me voy flechado á la parte de crítica teatral. No tengo el honor de conocer á D. Angel Cunillera, que firma las críticas, y así, sin temor de que suponga que le adulo, por amigo, ni que le censuro por enemigo, digo á usted libremente que me hacen parar *á pie firme* ante él, algunas profundas observaciones que hace del arte dramático, arrancándome un ardiente aplauso, y otras veces me apena verle dar superioridad sobre la belleza á ideas socialistas que son hermosísimas para profesadas y representadas en nuestra vida de ciudadanos, pero que no son seguramente emoción estética. La amplia inteligencia que creo ver en el Sr. Cunillera, me alegra infinito, porque, aunque ya empieza á haberlos entre nosotros, hacen falta más *monografistas*, más *maticistas* de emociones y de mil cosas leves y hondas de arte: ¿irá á resultar un crítico sensible, analizador, múltiple, capaz de tener tantos modos de sentir como temperamentos de artistas tenga que analizar? Me inclino á creerlo y me inclino á dudarlo: á creerlo, cuando leo en él cosas como, *para los antiguos no existían los matices, los claroscuros, las medias tintas, esa diversidad de almas* (mucho mayor es la diversidad en las almas de las cosas), *de temperamentos y de gustos tan indefinidos, desiguales é infinitos que nos dan idea de lo eterno y de lo vario*; y á dudarlo, cuando me parece ver (no estoy seguro), que desea *arrimar la belleza á su sardina*, á su sociología, á su ideal humano, siendo así que ese ascua, que esa lumbre, la belleza, la inspiración, lo divino, no se puede tomar como *punte* ni aun para lo más sublime, á no ser que sea para dar mayor sensibilidad á las almas, sensibilidad pura, originaria, pristina, sensibilidad matriz, por así llamarla (una matriz que fuesen los propios ojos de Dios); como la sensibilidad se dé así, desde todo lo alto y por encima de todo, creo que se enseña—dilatado el ser por la belleza—más sociología, más deberes sociales y más fraternidad que con todos los discursos y artículos sociológicos *á secas*, del mundo.

Profeso la *firmísima creencia* de que lo que hay que enseñar á todos es *temblor de belleza, honda trepidación de hermossura* (perdone usted mi lenguaje), *deleite, regodeo altísimo* de la estética, no por medio del raciocinio, sino del sentimiento de los artistas insignes, como se sepa arrojar en la cima de las multitudes esa luz de un blanco purísimo, eucarístico, no profanado, que es la belleza, esa luz se romperá en colores diversísimos sobre los espíritus, adaptándose al de cada alma; y como la creencia bajará á las conciencias

por amor, por belleza, cada individuo amará lo que cree con deleite inmenso de todo su sér. En esto de las ideas y de las creencias, todo se hace por cópulas espirituales, por fecundaciones sacratísimas, y la belleza es un inmenso terrón de polen inmortal que engendra con gusto quintaesenciadísimo, todas las creencias.

Las iluminaciones morales que quieran hacerse por plumas que no sean de grandes artistas y sí por discursos ramplones y artículos de *raciocinio*, me parecen (perdone usted mis valentías de estilo), me parecen masturbaciones, y no el coito fecundo de la belleza creadora, llamada con justicia inmortal.

El Sr. Cunillera, entre las críticas que hace, ha tomado por uno de esos coitos divinos, una antifecunda masturbación. ¡Que habría de ser eso arte, Sr. Cunillera! Mientras el artista no *meta* hasta el fondo de las almas la *sonda de luz* de la belleza, no habrá hecho más que *tirar su polen al aire*.

En fin, querido Urales, yo no tengo tiempo de hacer una crítica, porque estas mismas líneas las escribo á todo vapor; lo que sí le digo es que el Sr. Cunillera ha revuelto en mí miles de ideas y que confío en que nos enseñe en trabajos posteriores su alma toda luz, bondad, justicia y hermosura.

Ya ve usted que desde *El Ritmo* acá, no ha perdido su naturaleza y su afición de crítico (ya volveré á hacer críticas), su amigo que le quiere y b. s. m.

SALVADOR RUEDA.

*Nota.*—Después de escritos estos renglones, me apresuro á decir á usted que no vaya á tomarlos el Sr. Cunillera (si lee esta carta) por cosa que vaya en contra de él; nada de eso, y sí todo lo contrario, puesto que considero un triunfo en el haberme despertado y revuelto tantas ideas, que con ellas podría componer un tomo entero de crítica. Y como por la velocidad con que escribo creo que no va claramente expuesta la idea fundamental de esta carta, debe usted romper mis renglones y hacerse cuenta de que nada le ha dicho,

SALVADOR

\*  
\*  
\*

Sr. D. Federico Urales.

Mi estimado amigo: Ayer recibí su carta pidiéndome unas cuartillas para el almanaque de LA REVISTA BLANCA, y hoy recibo el número de ésta con lo que acerca de mí dice en ella. Aunque veo que en él ha sido usted franco, no por eso he de dejar de darle las gracias, pues no siempre se encuentra uno juzgado, á la vez que con tanta serenidad, con tanta simpatía. Cuanto de mí y de mis tendencias dice usted, me parece naturalísimo y lo obligado, dado su punto de vista. A ello podría yo replicar mucho, pero no hace al caso. Lo importante, y en esto conviene usted conmigo, es que á través de nuestras diferencias de criterio nos consideremos como hombres, viendo que lo que nos une es siempre más que lo que nos separa. Quiero siempre partir de la buena fe de los demás y considerar que sus ideas son necesario producto de su organización, educación, medio en que viven, etc. Y á la vez creo que crece de día en día aquel conjunto de principios y soluciones en que concordamos todos. Del punto de vista individualístico-absolutista vamos pasando al universalístico-relativista, para servirme de una expresión del fundador del empirio-criticismo, de Avenarius. Poco á poco se reducen las opiniones particulares é individuales, aquellas que son propias de éste ó del otro, y poco á poco se acrecienta el común acervo de verdades comunes é indisputadas. Lo que cada uno cree va cediendo su puesto á lo que todos saben.

Esto mismo me servirá de idea central de lo que de aquí á un par de días le remitiré para el almanaque.

No crea que he olvidado ni echado en saco roto lo de mi colaboración á LA REVISTA; es que llevo una temporada de adquisición más que de producción, leyendo bastante y escribiendo muy poco (y lo más de ello no para ser publicado en seguida). Pero pronto creo que, dominados ciertos obstáculos, me pondré á escribir y algo le tocará.

Ha visto usted muy claro en lo de que mi mayor necesidad y apetito es de tener amigos—sin preocuparme de cómo piensen,—en poner el trato afectivo sobre todo.

Sabe es su amigo,

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 15 de Noviembre de 1901.

## *La evolución de la Filosofía en España.*

*Los espíritus críticos escépticos y los espíritus escépticos irresolutos en la obra humana y en el arte especialmente.—El temperamento del artista en sus obras.—El arte en la mecánica mental.—La mecánica humana en el progreso.—La filosofía y la psicología en el arte.—Ibsen como tipo del verdadero artista.—Los artistas catalanes y los castellanos.—Los artistas del Norte y del Sud de Europa.—Por qué será eterno el problema de la belleza.—Caracteres artísticos regionales.—Pompeyo Gener.*

Los cerebros que dudan ¿tienen algo en la obra humana? Es necesario discutirlo.

En psicología se presentan varias clases de dudas; las principales son dos: la duda de los espíritus críticos escépticos y la de los espíritus escépticos irresolutos. La composición mental de ambos estados psicológicos es compleja, pero no obran en igual sentido, mejor dicho, el uno no obra en ningún sentido.

Los espíritus críticos escépticos constituyen el ejército de los intelectuales demoleedores y se dedican, por una necesidad orgánica, á destruir lo existente en el terreno de la palabra ó de la pluma, regularmente de la pluma.

En este sentido realizan una obra y no pocas veces favorecen la labor de las inteligencias afirmativas y creadoras, su polo contrario.

Los espíritus escépticos irresolutos se dedican á la literatura ó al arte puro y simple, constituyen el ejército de los llamados decadentes y están enamorados de todo lo débil y enfermizo. Estos son también escépticos, pero su escépticismo, juzgado como obra intelectual, no destruye ni crea.

Escribirán un libro, una comedia (para el drama, mejor, para el arte emocional, no reúnen condiciones), pintarán un cuadro, esculpirán una estatua; pero no influirán en ningún sentido dentro del arte; forman, por decirlo así, el centro inercio de los artistas.

Regularmente esa clase de intelectuales son todos estetas y ven de la belleza sólo las líneas. La parte emocional y pensante no existe para ellos. Una Estatua estará bien hecha si reúne las condiciones técnicas de la línea, aunque nada nos diga al corazón.

La causa de ese fenómeno psíquico es puramente fisiológica. El que no lleva vida en sí, no la ve en nada, y la emoción, como la idea en la economía orgánica, no es más que un consumo de vida.

El progreso humano les debe á esos artistas el arte que es una negación de lo intenso

y fuerte. La obra, pues, de los espíritus escépticos irresolutos, es negativa, no por lo que destruyan, que no tienen fuerza para la destrucción, sino porque afirman sólo lo triste y débil, lo que está más cerca de la tumba.

La labor de los espíritus críticos escépticos es de más importancia, así para la belleza como para la vida. Si bien no crean ni afirman, ayudan con sus críticas á enterrar lo caduco. Regularmente esos espíritus son satíricos y en arte se dedican al cultivo de la caricatura. Por consiguiente, tienen participación en la risa humana, que es una de las obras más bellas y que, unida á lo emocional estético y á lo emocional pensante, constituyen lo que nosotros llamaríamos arte sano.

Por lo expuesto podrá comprender el lector qué tienen en la obra humana los cerebros que dudan.

En la mecánica mental, en el movimiento de la inteligencia, representan lo que la inercia en la mecánica celeste. Reunen todas las condiciones para estarse quietos indefinidamente.

Los que creen y afirman, así en el sentido de retroceder ó de afirmar lo viejo, como en el de adelantar ó afirmar lo nuevo, representan la fuerza centrípeta en el primer caso y la centrífuga en el segundo.

Como todo en el mundo es cuestión de fuerza y de energía, todo también puede ser calculado por el metro, el kilo ó el grado, mecánica al fin.



El progreso todo no ha sido más que una cuestión de mecánica ó de fuerza, fuerza creadora de sí misma, que no ha aumentado ni disminuído desde que existe, pero que se ha modificado eternamente.

Tanta fuerza desarrolla el hombre de hoy como desarrollaba el hombre de ayer, sólo que la fuerza del hombre de ayer residía en los músculos, y la del hombre de hoy, en su parte mayor, reside en los cerebros.

El ejemplo puede aplicarse á todo movimiento y á toda energía. La electricidad misma es una fuerza que un siglo atrás no tenía aplicación, pero la fuerza existía. La labor humana en este caso se ha reducido á convertirla en luz, calor, ó movimiento útiles.

En arte se pueden usar los mismos términos. El arte no es una fuerza cerebral nueva, es una de las varias aplicaciones de aquella fuerza. La filosofía y la psicología intervienen, hoy como ayer, en toda obra artística. Se modifica el valor de las partes, pero el conjunto no. La filosofía interviene para inspirar el asunto y la psicología para dotar de alma á la inspiración, pero si en toda obra puede haber más ó menos arte ó belleza, más ó menos filosofía ó asunto, más ó menos psicología ó alma, no puede haber más ó menos fuerza; la fuerza en grados siempre es la misma, aunque no lo sea en elementos.

Toda obra filosófica es obra artística, y toda obra artística es obra filosófica; más llamaremos obra artística á la que domina en elementos artísticos y obra filosófica á la que domina en elementos filosóficos.

Y he aquí otro principio de mecánica cerebral. El arte puro y simple representa la belleza, la forma de la obra; la filosofía, también pura y simple, representa el asunto, la bondad de la misma obra. Así que el artista, psicológica y fisiológicamente más se acerca á la delicada decadencia, va dando á la forma todo el valor estético y cuando más cerca está de la ruda vitalidad, más mérito otorga al asunto. Es todo cuestión de temperamento y como el temperamento es orgánico, el principio de nuestras ideas artísticas es orgánico también.

¿Dónde está el término justo? En el equilibrio de esos dos elementos artísticos. Ibsen, para nosotros, es el tipo humano que artística y fisiológicamente más se acerca á la perfección; sus obras reúnen asunto y belleza, emoción estética y emoción pensante, nos excitan el sistema nervioso y nos sacuden las ideas que llevamos en el cerebro. Sin embargo, el autor noruego no es aún un artista completo, porque en él domina el elemento filosófico sobre el artístico.

En España esto casi puede explicarse con un caso práctico. En los artistas castellanos y andaluces domina (hay excepciones) el elemento decadentista, las líneas, las formas, la técnica, y en los artistas catalanes y del Norte de España, prevalece el elemento contrario. La ley á que obedece esta regla, que no calificamos de buena ni de mala, es fisiológica. Orgánicamente considerados los artistas del Centro y Sud de España, son más débiles que los del Norte, Noreste y Noroeste. Por eso en las obras de los unos domina la decadencia artística, que es una consecuencia de la decadencia orgánica, y en las obras de los otros prevalece la vitalidad y la rudeza que no se sujeta á fórmulas ni á técnicas.

Si aplicamos la misma regla á los artistas de todo el mundo, nos encontraremos que los filósofos del Sud de Europa son más artistas que los filósofos del Norte, y que los artistas del Norte son más filósofos que los artistas del Sud; es decir, nos encontraremos que lo principal en la obra del artista del Norte es el asunto, su moralidad, su bondad, su ideal, y en los artistas del Sud, lo principal es la belleza, la estética, la armonía. Y este diferente modo de sentir el arte, no es un problema de opinión sobre la estética.

En este asunto nada valen las razones ni los tratados. La causa radica en la vida misma de cada hombre y es inútil toda discusión. Por eso, y sólo por eso, ha sido, es y será el problema del arte un problema eterno. Como no surge de las ideas, sino de las impresiones, de los nervios, de la misma célula que se contrae ó no se contrae según su composición y la impresión que recibe, cada artista siente y crea la belleza de diferente forma, y mientras los temperamentos sean infinitos, y lo serán siempre, la belleza lo será también.

La fuerza resultará la misma, el producto total de la emoción también resultará el mismo. Como cada artista produce para los suyos, para su raza, para sus temperamentos, todos son igualmente comprendidos é igualmente celebrados en el país en que se desenvuelven. Artistas y pueblos han nacido unos para otros y sienten y piensan, al unísono. Ibsen en Madrid hace el mismo efecto que Echeagaray en Stokolmo; como si aquello fuese concebido y sentido para otro mundo con el cual psicológicamente tenemos remota relación.

\* \* \*

Entiéndase que lo que hemos dicho de los artistas catalanes y castellanos no lo decimos en términos absolutos, porque dentro de cada pueblo se puede producir, aunque en menor cantidad, el elemento psicológico que más abunda en los otros.

Hay en Cataluña artistas como Pompeyo Gener, Santiago Rusiñol, Pedro Corominas y otros, en los que dominan los caracteres de las almas complejas y decadentes, y como Juan Maragall, Ignacio Iglesias, Eduardo Marquina y otros de mentalidad simple y vigorosa en cierto sentido. Estos afirman siempre, su inteligencia es recta, alegre su carácter y juguetona su musa. Aquéllos dudan, y como son de mentalidad extensiva y no intensiva, sus obras nada afirman y su corazón llora á menudo.

De los tres primeros nombrados, Pedro Corominas pretende afirmar la vida, pero en él esta afirmación es un esfuerzo de la voluntad y la vida de Corominas es triste, gris, muy escasa de color. Santiago Rusiñol afirma el arte, pero el arte de Santiago Rusiñol es como

la vida de Corominas, lánguido, quintaesenciado, suave, tranquilo, mortecino; es decir, decadente, un arte sin arranques, ni impetuosidades, ni pasiones inmensas, ni notas enérgicas que nos conmuevan y exciten todo el organismo. Pompeyo Gener afirma la individualidad, pero el individuo de Pompeyo Gener no es un sér poderoso, dominador, enérgico, inmutable, virilmente orientado y firme; es un juguete de las impresiones, de los nervios y de los gustos refinados, esto es, decadente. El superhombre de Pompeyo Gener se halla entre los artistas de Montmartre ó del barrio Latino de París, burlándose del mundo y guardándose del aire; no en el monte desafiando la naturaleza y fortificando su cuerpo, para poder ser la semilla de ese hombre futuro tan poderoso y dueño de sí.

\* \* \*

Veamos ahora qué nos dicen aquellos artistas catalanes de su génesis mental, para estudiarlos más atentamente.

«Sr. D. Federico Urales.

Mi distinguido colega: Contestaré á sus preguntas y le daré además algunas explicaciones sobre mi personalidad como pensador, pues que con las simples contestaciones no podría conocer usted casi nada de lo que á mi intelecto se refiere. Soy de los que piensan por cuenta propia, y á pesar de haber leído muchos libros, he leído más los hombres y las cosas, en distintas clases sociales y en varias latitudes, pues mis residencias han sido varias y mis viajes muchos, á la par que he frecuentado gentes de ciencia, de letras, artistas, hombres de comercio, industriales, obreros, políticos, etc., etc., y esto en España, Francia, Holanda, Alemania, Suiza, Bélgica, Italia, Inglaterra, Grecia y Rusia. Y he pasado en estos países más tiempo que en España, pero mucho más, especialmente en París, mi residencia habitual.

De España he habitado casi exclusivamente Barcelona.

En Madrid he estado varias veces y siempre me ha repugnado.

Así, comprenderá usted que es muy múltiple el sedimiento de mi espíritu, sobre todo si añade usted á esto el que tengo tres carreras, como son: la de Medicina (cursada en París), la de Ciencias y la de Farmacia (cursadas en España), y en gran número de cursos seguidos en Alemania, Suiza, Bélgica y Holanda, sobre filología comparada, lenguas orientales primitivas, prehistoria, antropología, filosofía, etc. Hecha esta explicación previa, paso á contestarle á usted sus preguntas.

1.ª ¿Qué autores nacionales ó extranjeros me han influido?

NACIONALES NINGUNO; está demasiado bajo el intelecto español en este siglo para influirme; los antiguos son de tendencias tan anti-humanas, hasta los geniales, que si en algo me han influido, será en sentido negativo, inspirándome repulsión.

Autores extranjeros: Como todo hombre de ciencia, he seguido el sistema inductivo en mis especulaciones, y dentro de este sistema, el que me ha influido tal vez más es sir Ch. Darwin. El, para mí ha dado la más universal de las leyes de la Naturaleza que hasta ahora conocemos. Claudio Bernard, que fué mi maestro de fisiología en París, influyó mucho hace ya unos veintidós años en mi joven espíritu. Taine también, aunque en menor grado. Admiré á Renan, al cual frecuenté, pero si algo influyó en mí, fué sólo en lo concerniente á tolerancia de ideas.

Litré influyó más, junto con Comte (á quien no conocí personalmente), pero de ellos sólo tomé el método que hace renunciar á especulaciones sobre lo que no está comprendido en el trozo de serie fenomenal que cae bajo nuestro alcance.

El intelecto alemán ha influido bastante en mi espíritu Max-Stürner, y el Barón de

Tenerbach, el uno con su filosofía del individuo, del UNICO, que él llama, y el otro con su filosofía de relación ó sea el TUISMO, me enseñaron bastante á pensar, sin que les siguiera por esto en muchas de sus conclusiones. El haber tenido tales maestros produjo en mí el que mis conclusiones fueran un culto apasionado de la vida y un convencimiento profundo de que el cristianismo había sido todo él una obra de muerte, antihumanitaria y que había que destruirla por completo, volviendo á emprender la evolución humana allí dónde el paganismo había muerto, apoyándose sólo, en el Renacimiento y la Revolución francesa, tendiéndose siempre á la producción de una especie humana superior á la actual. Estas ideas las expuse, en la *Muerte y el diablo*, y en varias revistas extranjeras, ocho años antes, por lo menos, que Nietzsche las expusiera en su *Zaratustra* y en su *Antecristo*. Con este autor, que sólo he conocido desde hace unos once años, tengo muchos puntos de contacto, y esto es, como he dicho, por educación científica padecida y por temperamento análogo.

También pueden haber influido en mí Carlyle, Emerson, Novalis, Ruskin y algún otro, en sus teorías sobre el predominio y utilidad social de los hombres superiores, de la religión ó culto de la belleza, etc., etc. Pero ya digo, he pensado siempre por cuenta propia y he asimilado sólo lo que me ha parecido bueno de cada uno, influyendo algunos sólo por contraste. He odiado siempre el espíritu sectario; no me he afiliado nunca, ni á un partido concreto, ni á una escuela cerrada, ni á una capilla.

2.<sup>a</sup> ¿A qué atribuyo la influencia que estos autores en mí hayan dejado?

A mi temperamento y á la constitución de mi espíritu. Me explicaré. Nosotros hacemos, cada uno, el resumen de un sin fin de individualidades anteriores, producidas por el medio ambiente, la raza, etc., etc. En mi familia ha habido una verdadera dinastía de marinos, viajeros y exploradores, guerreros al mismo tiempo, por parte de padre. Excepto éste, que era farmacéutico, y á partir de mi abuelo, comandante de navío, hasta llegar á los tiempos de Pedro II de Aragón, todos fueron marinos. Somos oriundos de Cambrils, Salou y Tarragona. Por la parte de mi madre, cuya ascendencia proviene del alto Aragón (Pirineo), he tenido como abolengo, industriales, fabricantes de papel, cancioneros populares y músicos. En fin, artesanos y artistas. El pintor socialista Cutanda es primo mío de lejos.

Con estas aptitudes heredadas, de explorador, nómada y combatiente, por un lado, y de artista por otro; de hombre de mar y de montañés pirenaico, usted mismo puede deducir lo que había de influir más en mí, en mi desarrollo psíquico.

Para concluir, le diré que soy hijo de Barcelona (por accidente), pues mi padre era de Cambrils y mi madre de Barbastro; que la ciudad que ha dado el tono á todo mi ser, es París, con su cosmopolitismo y su culto á la vida, y que mis obras son las siguientes:

LA MORT ET LE DIABLE: *Edition française*.—1880.—*Edición española*.—1883.

HEREGÍAS, *Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles*.—1886.—Tres ediciones.

LITERATURAS MALSANAS, *Patología literaria*.—1893 á 1900.—Cuatro ediciones.

AMIGOS Y MAESTROS, *Contribuciones al estudio del Espíritu Humano á fines del siglo XIX*.—1895 á 96.—Dos ediciones.

EL CASO CLARÍN, Folleto.

LOS CENT CONSELLS DEL CONCELL DE CENT, *Humorada lemosina*.

En prensa: CEREBRACIONES CONSCIENTES, en Barcelona.

L'EVANGILE DE LA VIE, en París.

Además he publicado muchos artículos en Revistas extranjeras, especialmente francesas; en periódicos de París y de América y en algunos de España.

*Literaturas malsanas* y *Amigos y Maestros*, son estudios que vieron la luz antes en Revistas francesas y en algún periódico americano.

He sido uno de los fundadores de la Revista *Le Livre*, en París, y de otros.

Para dar cuenta de mi personalidad intelectual, hay que leer todas mis obras, pero viene resumida en *Amigos y Maestros* en el capítulo último, y en *La muerte y el diablo*. Los artículos de sociología que he publicado en español y en francés, sobre todo, los reuniré más tarde en un tomo.

Propiamente hablando, yo no soy un pensador español. Soy supernacional y formo parte del movimiento intelectual europeo, no pareciéndome en nada ni al místico Unamuno, ni al pedagógico Giner de los Ríos, ni al krausista González Serrano, ni á ningún otro pensador español.

••

Ahora sólo me resta que usted me dispense mi larga *interview* y darle las más expresivas gracias por su deferencia.

Puede usted contarne en el número de sus amigos y aprovecharé la primera ocasión en que mis múltiples ocupaciones me lo permitan, para mandarle algo á su Revista.

Sin más, es siempre suyo, afectísimo s. s. y amigo, *Pompeyo Gener.*

Muchas cosas pone de manifiesto esta carta; vamos á verlas.

FEDERICO URALES.

## Crónicas de Arte y de Sociología

### PARÍS

*Inauguración del monumento á Baudelaire.—Estreno de una obra de Enrique Bauer.—«La Chatelaine», de Capus.—Análisis sobre las clases de la sociedad.*

El día 26 de Octubre último se inauguró un monumento á Baudelaire, el poeta raro y trastornador. El acto tuvo lugar en el cementerio de Montparnasse. Obra de arquitectura sugestiva, torturada y singular, como el alma dantesca de Baudelaire, es la que el arte libre y sin remuneración de un desconocido, José de Charmay, levantó á su memoria. La idea fué también patrocinada por algunos artistas y escritores. Se solemnizaba con ella á un hombre enemigo de toda consagración. Hizo éste uso de la blasfemia, con impecable arte, para mostrar su espíritu rebelde á fealdades y á vulgaridades que son gloria de los imbéciles. Y no ha podido aún librarse de éstos, después de muerto. Dos señores de cerebro burgués, Dayot, inspector de Bellas Artes, y Troubat, secretario de Sainte-Beuve, se ocuparon con osadía é ineptia de su alma profunda y complicada. ¿Cuántas tonterías dijeron?

Baudelaire, el poeta maldito, como dan en llamarlo, no es artista que, por su sensibilidad y sus ideas, pueda aceptarse para el bien humano. Hay mucho de corrosivo en sus estrofas, algunas de las cuales contienen befeño deleitoso. Los elementos de su poesía no son puros ni naturales. Baudelaire prefería todo lo que modificaba la naturaleza. Gusta-



ba con frenesí de lo artificial. Se complacía en la desesperación, en lo exasperado y en el tormento. ¿Quién sintió con tanta amargura el ansia de lo infinito? ¿Quién se estremeció jamás con tanta precisión en lo pernicioso? Abstraerse, aislarse é inmolarse en sí mismo: tal fué su credo. Lo maléfico, aunque tinto en cierta conmiseración, es quizá lo *mejor* de su poesía, que difunde un perfume intenso y raro: nadie glosó con tal delirio la desenfrenada concupiscencia y el antro psicológico de *Les femmes damnées*. Mas ello es fruta prohibida.

\* \* \*

A mediados de Octubre se estrenó en el Valdeville la obra de Bauer *Sa maitresse* (Su querida). Como artista que se ocupa de la humanidad, el autor de esa pieza ha menospreciado el efectismo teatral y la intriga falta de significación. Ha ordenado de modo sencillo la acción, que se deduce lógicamente de la idea que la preside. Bauer es un escritor penetrado de espíritu moderno, y su obra sigue las tendencias generales que hoy dominan. Es fiel, pues, á su época.

Presenciamos una venta judicial de muebles en casa de Julien de Lormel, mientras Marta Jourden, su querida, está enferma en la cama, en una habitación próxima.

Ello no es motivo de tristeza para Marta, que adora ante todo á Julien, de quien también es amada. El amor la hace dichosa; lo demás nada significa. Remy, poeta viviente, ó alma encantadora y corazón sensible, la salvó de la miseria, la educó y le reveló la hermosura de las cosas, así como la belleza moral. Marta le debe, pues, su felicidad y se lo agradece. Los amantes se forjan ilusiones respecto á días venturosos que aún, según creen, vivirán, aunque ejecuten, para ganar el sustento, un trabajo mal retribuido. Hay emoción en estas sentimentales escenas. Cuentan ellos con amigos leales, como el empleado Guedon y Remy Frémont, el maestro pobre. Pero Julien hereda sesenta mil francos y se lanza, con Guedon, á especulaciones de Bolsa. Traba relaciones con la viuda Duglar, rica avariciosa, de cuyas gracias, así como de la fortuna, se prenda él. Para unirse maritalmente con ella, abandona á la adorable Marta. Esta mala acción es de mal agüero. Sus negocios van mal y la mujer le es infiel con el guapo asesino de una mujer llamado Esteban Doyère, cuyo crimen le ha dado nombre entre las damas relajadas. El anatema que Bauer lanza contra ese pirata del amor es decisivo. Julien concluye en la miseria y, á causa de algunos procesos, se llena de oprobio. Tiene que dormir bajo los puentes, padece hambre, y va cubierto de andrajos y de barro. No, sin embargo, se desespera. Vuelve á encontrar á Marta, convertida en obrera, en casa de la cual se hospeda el honrado profesor Frémont, dispuesto siempre al sacrificio. Y como Julien redimiera antes á Marta, por amor, ésta lo rehabilita á su vez por estimación, cuando aparece él más despreciable y miserable. La hermosura de ello no puede escapar al espectador. Se nota, en Bauer, el *apriorismo* benévolo de llegar á este desenlace noble y fiel á su idea.

Muchas escenas se apartan de la verdad real, sin que cumplan enteramente aquello de la verdad imaginaria. El ambiente, á ratos, es demasiado crudo é implacable. Por eso la obra, que tiene mucho mérito, no ha entrado en el espíritu del vulgo ilustrado, que se deja seducir por platos de almíbar. Pero Bauer piensa, siente y *realiza*.

\* \* \*

Alfredo Capus es un moralista contemporizador con los defectos y cualidades de los hombres y las mujeres. Por ello ha triunfado en toda la línea, como suele decirse. *La Petite Fonctionnaire*, *Le Nouveau Feu*, *Les Deux Ecoles* y, actualmente, *La Chatelaine* le han valido su contemporáneo éxito. Escribe comedias finas y halagadoras.

*La Chatelaine*, estrenada en la Renaissance, nos ofrece á Mme. Teresa de la Rive, que ha realizado un mal matrimonio. Después de muchos pesares, que le ocasiona su libertino é imprudente marido, el cual llega á arruinarla, no le queda otro consuelo que el divorcio, prometido por él, y el amor de un hijito á quien adora. Como resto de su dote, cuenta aún con el castillo de Sauveterre (y de ahí *La Castellana*), con cuales recursos piensa que podrá vivir, hallándose facultada para venderlo. Se entera, no obstante, de que está gravado con hipotecas y que apenas dará cien mil francos. Surge, en tanto, Andrés Jossan, ingeniero, que se ha hecho rico con un invento suyo. Es un carácter que posee todas las virtudes. Se enamoran deliciosamente. Jossan compra el castillo de Sauveterre, pagándolo en trescientos mil francos. Las escenas del traspaso son admirables. El Sr. de la Rive, que odia á Jossan, se retracta de lo del divorcio y, ante la resistencia de Teresa, le arrebató el hijo. Esto es brutal y cruel. Pero Jossan disuade á de la Rive de su oposición, y recaba de él su consentimiento para el divorcio, diciéndole que de nada sirven los melodramas. Y Jossan se casa, pues, con la castellana, que se divorcia y recupera el hijo. Esto es cómodo y tonto, aunque halaga al espíritu parisiense, que no gusta de violentas situaciones. Y Capus, con tan pequeñas cosas, saturado de diceres delicados, goza actualmente en París de éxitos por demás remunerativos.

\* \* \*

El libro de Arturo Bauer, *Las clases sociales; análisis sobre la vida social*, forma un estudio sobre el método á seguir en sociología, para observar la realidad de cerca y ver claro en la vida social.

La psicología social debe practicarse sobre los grupos que entre sí se parecen por su género de vida y por sus ocupaciones, ó sea con lo que cumplen su función dentro de la sociedad. Los individuos, por lo general, viven en una comunidad de ideas, sentimientos, inclinaciones y voluntades. En sociología ha de aceptarse perfectamente la *noción de clase*; pues aun cuando exista diversidad en los fenómenos sociales, también hay en ellos lo permanente.

En el primer capítulo de su obra, Bauer determina el objeto de la ciencia social, que se ocupa en los hechos que la observación alcanza. La sociología se establece sin ningún ideal de mejoramiento; es decir, no persigue más que una finalidad científica. Para conocer los hechos sociales que se han de estudiar, basta seguir las fases del desarrollo de un individuo en todas las épocas de su vida. Interviene en ello el poder civil y religioso; mas debe también considerarse que el individuo ejerce una profesión y que así llena su social cometido. De ahí que tengan identidad ciertos grupos, formando, por ello, las clases sociales: gobernantes, sacerdotes, capitalistas, industriales, productores, etc. Y la ciencia social comprende, por tanto, el estudio de los hechos anormales que se producen en las relaciones entre dichos grupos.

La posibilidad de tal ciencia, á que Bauer dedica un capítulo, se funda en lo general y la uniformidad. El verdadero método social, según el autor, es de índole esencialmente psicológica, como ya se dice corrientemente; y reside en el estudio del carácter y de sus transformaciones, en lo cual se han ocupado ya Rousseau é Ibsen; influyendo en ello el medio, la imitación y la fuerza de las cosas. Bauer se fija, por consecuencia, en leyes de estabilidad y de cambio, para observar la vida social. Esto no es muy nuevo y constituye, para los sociólogos, una vulgaridad. Cierta es la idea que añade de que la actividad de las clases dominantes influye en la existencia de la sociedad. Esto es, en compendio, lo más importante del libro *metodológico* de Bauer.

J. PÉREZ JORRA.

## CÓMO SE GANAN LAS ALMAS



Reproducción de *L'Asino*, de Roma.

## AMORIA

Del puerto de Palos salió el vapor *Malthus* conduciendo los primeros pobladores civilizados de una colonia que, para hacer acto de posesión y evitar complicaciones, iba á fundarse en una importante isla de la Polinesia.

El primer cuidado del gobierno fué hallar los que habían de representar la autoridad, la justicia, la salvación de las almas y el recaudador de contribuciones, porque nuestros gobernantes no hacen como los sastres, que primero necesitan el hombre y después le hacen la casaca, sino que antes de todo se aseguran de que el mecanismo autoritario funciona bien ajustadito, y después le meten hombres que en el orden social queden tan libres y desahogados como las sardinas en el barril.

Teniendo ya un comandante general, un gobernador, un juez de primera instancia, un administrador económico y un limosnero eclesiástico de la diócesis correspondiente, con el personal necesario ó superfluo de misioneros, soldados, notarios, abogados, escribientes, ordenanzas, guindillas, etc., etc., lo demás se arreglaría fácilmente. Para alistar trabajadores no se necesita más que publicar un sencillo anuncio pidiendo desesperados, y, como si se hiciese una sangría en un canal, en seguida se ha de cerrar para evitar la presentación de la multitud excedente, porque los desesperados por la miseria abundan que es un horror.

Además de los mandarines y sus familias, convenientemente colocados en los departamentos de primera, había en el vapor muchas familias obreras que se arreglaban como podían, de día sobre cubierta y de noche en la jaula, como las gallinas en su gallinero, no saliendo jamás de la parte de proa, dejando la popa, como residencia privilegiada y libertad de tránsito por todo el barco, á los que quedaban instituidos como señores.

La navegación fué buena en los primeros días: el *Malthus* cruzó el Estrecho, el Mediterráneo, pasó el canal de Suez y el mar Rojo, y salió al Océano Índico con toda felicidad, haciendo concebir las más halagadoras esperanzas respecto al viaje.

La verdad de la narración me obliga á hacer una transición violenta: el caso es que la bonanza tornóse en mal tiempo, y, prolongándose mucho más de lo conveniente, convirtióse en temporal deshecho.

La tripulación trabajó lo humanamente posible; pero las fuerzas que dominaban eran tan poderosas, que todos los recursos técnicos y la inteligencia de los marineros quedaron en inmenso déficit, y aquel infeliz *Malthus*, careciendo de medios de subsistencia, sufrió la suerte que su homónimo había profetizado para los que no tienen cubierto en el banquete de la vida; es decir, perdida la brújula, roto el timón, arrancada de raíz la arboladura, sin conciencia del punto que ocupaba en el espacio, y saltando alternativamente del profundo abismo á la cima de olas como montañas, acabó por estrellarse contra un imprevisto é invisible escollo, y se partió como un huevo cuando choca contra una piedra.

Ayes de terror, gritos de desesperación, voces en demanda de auxilio, todo se confundía con el bramido de las olas que servían de acompañamiento á aquellas notas agudas, formando una sinfonía magistral, ante la cual el genio de un Meyerbeer ó de un Wagner no sería más que una ridícula parodia.

Por fortuna, el escollo causante del naufragio formaba parte de una isla desconocida,

y allí encontraron refugio y tierra donde poner los pies todos aquellos que no fueron arrebatados por las olas.

¡Noche espantosa la de los naufragos salvados! Casi todos, unidos por relaciones de familia y amistad unos con otros, según sus categorías, se encontraban solos, sin saber si el padre, el hijo, el esposo, la esposa, el hermano ó el amigo eran vivos ó muertos. Ante aquella ansia tremenda, la vida era la parte peor. La naturaleza pasaba sobre aquellos infelices con la misma indiferencia que un caminante sobre un hormiguero. Truenos, relámpagos, lluvia, ruido atronador del mar, todo reducía al más ínfimo anonadamiento la esperanza y las ilusiones que poco antes les animaban.

Con la aparición de la aurora calmóse la tempestad; las nubes que produjeron esta especie de guerra civil entre las fuerzas vivas de nuestro planeta, se desvanecieron, y un sol esplendoroso iluminó las costas de una isla llena de hermosa vegetación y un mar que parecía no haber roto un *barco* en toda su vida.

Los naufragos se agruparon así que la luz del día lo permitió, y después de llorar cada uno la pérdida de las personas que más particularmente le afectaban, se empezó á pensar en la conservación de la vida.

Lo primero que se hizo, naturalmente, fué reconstituir las categorías sociales: quedaban el gobernador y el jefe militar, el capellán, el juez y el indispensable *sacamantas*, todos con desperfectos más ó menos sensibles en sus familias, pero en disposición de continuar en el ejercicio de sus funciones.

Era necesario asegurarse de si la isla era habitada, y, en caso afirmativo, de si era pacífico ú hostil el carácter de sus habitantes. Una comisión de los hombres más animosos, mandados por el jefe militar, quedó encargada de esta misión. Se necesitaba, además, con urgencia, preparar vivienda y alimentación, y al efecto se destinaron individuos para hacer una corta de árboles, recolectar frutas y cazar; á fin de satisfacer estas necesidades.

No se descuidó, como es de suponer, el auxilio de los naufragos aún en peligro, si los había, y el entierro de las víctimas que apareciesen.

Todo se organizó perfectamente; se hicieron algunos salvamentos al primer día, se reconoció la isla en toda su extensión, desde una eminencia que existía en el centro, adquiriendo la certeza de que estaba desierta, y hallóse una regular cantidad de frutas maduras y de buen gusto.

El trabajo se regularizó poco á poco, y todo iba relativamente bien, en relación con las ideas sociales de los naufragos. Lo primero de que se preocuparon fué de un buen alojamiento para las autoridades y personas distinguidas; después, cuando todos pudieron dormir bajo cubierto, se vió que la casa popular no pasaba de un mal cobertizo de tercera, mientras que la otra, aunque para menor número de personas, era amplia y elegante.

La cuestión de las subsistencias se hizo grave, porque el repuesto de comestible vegetal se acabó á los pocos días, además de ser insuficiente para la alimentación de los europeos, y la caza y la pesca eran muy difíciles por la falta de armas y artefactos necesarios. Además, del trabajo de recolección estaban exceptuados los superiores, y solamente los inferiores proveían á las necesidades de la colonia.

Pasaba el tiempo, y ningún barco aparecía en el horizonte ni respondía á las señales nocturnas hechas por medio del fuego, y en todos acabó por dominar la idea de morir en aquel destierro.

Se acababan las ropas, y esto, junto á la falta absoluta de todas las comodidades de

la civilización, y, lo que era más sensible aún, la de casi todo lo necesario, preparaba á la colonia al retorno al estado salvaje.

Ya en esta situación, la naturaleza, siempre sabia, abrió el entendimiento de los colonos de tercera, haciéndoles comprender que si la sumisión á los llamados superiores era injustificada siempre, allí había desaparecido toda sombra de justificación, y, por consiguiente, la igualdad se imponía con toda necesidad.

Reunidos los proveedores de la colonia, sin iniciativa previa de nadie y apenas sin discusión, acordóse notificar á los señores que el trabajo era una obligación para todos, y que quien se negase á trabajar no comería.

Hecha la debida intimación á los gandules de profesión, no por delegación ni comisión, sino por todo el grupo, los señores dieron orden á los inferiores que con ellos habían quedado de reprimir aquella insurrección; pero éstos, comprendiendo que su deber y su interés estaba al lado de los insurrectos, hacia ellos se fueron, haciendo caso omiso de las censuras del gobernador, de los chápiros del comandante, de las amenazas del juez y de las maldiciones del cura.

Aquello fué una revolución triunfante en toda forma.

Entre los insurrectos había algunos que recibieron la iniciación revolucionaria en la Internacional, y, por consiguiente, sabían más sociología que el gobernador, que no había sido más que periodista; que el comandante, que era un fanfarrón perdonavidas; que el cura, que, si sabía latín y había estudiado la *Suma teológica*, ignoraba todo lo que es útil saber á las personas; que el juez, que tenía la cabeza atiborrada de leyes, pragmáticas, sentencias, etc., y no sabía hacer nada útil, y que el *sacumantas* económico, que era muy competente en las matemáticas de la expoliación.

Entre los colonos unidos en el pensamiento de no hacer más el *primo*, y las autoridades sin un guardia civil de quien echar mano, no cabía dudar del resultado; y viendo mansos y avergonzados á los que en aquella situación aún tenían la ceguera del privilegio, uno de los del grupo revolucionario les dijo:

—Una fatalidad ha deshecho todos los vínculos artificiales y convencionales de la sociedad; la desgracia ha roto nuestras cadenas; entre vosotros, que limitábais nuestra libertad y nos usurpábais el fruto de nuestro trabajo, y nosotros, que éramos considerados como inferiores, ya no hay diferencia alguna, porque, subiendo nosotros al nivel natural y bajando vosotros del pedestal de vuestra soberbia, todos somos iguales. Si antes vosotros, como tiranos, nos mirábais con recelo, y nosotros, como víctimas, os teníamos odio, de hoy en adelante, en que la igualdad comienza, todos somos hermanos: ni gobernador, ni comandante, ni juez, ni cura, es otra cosa que un hombre, y los títulos que os daban consideración privilegiada, son, desde hoy y para siempre, nulos y sin valor. Vuestras familias son familia nuestra; las necesidades de todos, así como las alegrías y las penas, son comunes; porque en esta situación, que representa para todos nosotros una regeneración, sólo podemos conservar la vida y esperar la llegada de un barco que nos ponga en contacto con la civilización, haciendo práctica en verdad absoluta la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Aplausos, aclamaciones y alegría acogieron estas palabras. El gobernador declaró que renunciaba para siempre á las distinciones del mundo antiguo y que quería acomodarse á las condiciones naturales del mundo nuevo en que se veía obligado á vivir.

Las mismas declaraciones hicieron el juez, el comandante y el recaudador de contribuciones; pero el cura no quiso renunciar la representación celestial de que se creía revestido, y dijo:—*¡Abrenunció!*

La actitud del cura fué la única nota discordante en la alegría general de la colonia; pero todos convinieron en que si la excepción confirma la regla, un díscolo en una agrupación comunista es un infeliz enfermo que tiene derecho, por su impotencia, á la asistencia de la sociedad.

Inmediatamente, poniendo á contribución los conocimientos de todos y aprovechando los recursos que la naturaleza suministraba, todos, hombres y mujeres, se distribuyeron para trabajar y hacer una confortable casa comunal, labrar tierras, cazar, pescar, criar animales, construir artefactos para aprovechar fibras vegetales y hacer vestidos; en una palabra, todo lo que era necesario y posible para conservar la vida.

El buen propósito de emanciparse de las preocupaciones del mundo viejo fué recompensado por la naturaleza, inspirando, además de los medios de conservar la vida, los de prolongarla.

Es el caso que la hija del gobernador había llegado á la edad núbil y se había hecho una mujer hermosa. Paseándose iba por la playa recogiendo conchas, vestida según la moda del país, con un sencillo delantal, porque no había tela para más, se encontró con un joven pescador de la colonia: al verse solos y contemplarse jóvenes, hermosos y llenos de salud, sintieron irresistible impulso amoroso y... héte aquí que el cura, que se paseaba por allí rumiando teología, tuvo el disgusto de ver que se prescindía de él para todo lo que tiene relación con la procreación de la especie, y, haciendo de polizonte soplón, única ocupación digna del que no quiso fraternizar con los demás para el trabajo, le faltó tiempo para exponer al exgobernador que su hija había faltado al sexto mandamiento, lo que Dios castiga cuando se hace sin la bendición y los latinajos de un cura.

Es probable que ciertas preocupaciones, destruidas aparentemente, impulsaran á aquel padre á enfadarse con su hija, pero cuando reunida la comunidad por la noche, se presentó la pareja amorosa, un trabajador, enterado del caso, que era ya del dominio público en la colonia, se interpuso entre el padre y los amantes y dijo:

—Lo que ninguno de nosotros había discurrido, lo que había escapado á nuestra previsión, lo ha hecho espontáneamente la naturaleza. Todos seguramente habremos pensado en que si estamos destinados á vivir y á morir en este pequeño rincón del mundo, la muerte irá arrebatándonos uno á uno, y espanta considerar la agonía de los que queden los últimos: ¡la vejez, la enfermedad, la soledad! Pues no; estos jóvenes son nuestra esperanza y nuestra salvación, porque han inaugurado una nueva generación y todos debemos imitarlos, no sólo por el egotismo de tener una generación sucesora que nos asista en las postrimerías de la existencia, sino para conformarnos con las leyes naturales que hacen que si una buena semilla se siembra en tierra abonada, fructifique. Nuestra vida y nuestros sufrimientos, continuó, no serán ya estériles. Si después de morir el último de nosotros, según la conducta que antes seguíamos, hubiese venido á este desierto un barco de un país civilizado, hubiera encontrado nuestros huesos sin provecho para nadie; la naturaleza se habría reintegrado la materia que nos había prestado para la formación de nuestro sér, pero el mundo intelectual hubiera perdido la riqueza de nuestros sentimientos y de nuestras ideas; verdaderamente habríamos cometido un fraude en perjuicio de la humanidad. En esta ocasión, como siempre, el amor nos ha salvado. Es lógico que un cura acuse como un delito la acción salvadora que hoy han realizado estos amantes; por éso representa el dogma inmutable, por éso es célibe; pero nosotros nos debemos á la naturaleza, á la vida, al amor, á la humanidad.

Las más grandes demostraciones de alegría acogieron estas palabras, fecundas para la colonia como el «Creced y multiplicaos» del Génesis.

Algunos años después, en aquella isla, designada en las cartas geográficas con el nombre de *Amoria*, había un excelente puerto, una hermosa ciudad, campos bien cultivados y una población de aspecto alegre, sana é inteligente, dispuesta á mantener relaciones con todas las naciones del mundo, pero decidida á morir antes de dejarse dominar por ninguna, porque los amorianos eran tan valientes como buenos, y estaban dispuestos á sacrificarse por la patria, porque allí sí que lo de todos era lo de cada uno y lo de cada uno para todos, porque todos disfrutaban positivamente del patrimonio universal que allí se había podido reunir.

Grande fué el desastre que padecieron los fundadores de *Amoria*, pero más grande fué su felicidad.

Por un trastorno revolucionario ha de pasar el mundo del privilegio para establecerse en él la Solidaridad, el Amor y la Justicia.

ANSELMO LORENZO.

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*La fuerza muscular de los niños.—Una aplicación de la cometa á la navegación.—Las acciones físicas antituberculosas.—Electricidad adivinadora.—Fijación del ázoe de la atmósfera: presencia de los azotatos en el reino vegetal.*

En el reciente congreso belga de las ciencias naturales, de Constray, el Dr. Schuyten explicó los utilísimos experimentos que durante algunos años ha practicado en el Instituto pedagógico de Amberes sobre la fuerza muscular de los niños, de los cuales resulta que en los niños la fuerza muscular está en razón directa de su bienestar y también en razón directa del nivel intelectual. La memoria de los escolares está sometida á variaciones que dependen de su intelectualidad y del estado de cansancio de su inteligencia:

Esta observación se impone á los que queriendo precipitar los estudios de los niños, los someten á un trabajo intelectual excesivo, cuyo resultado suele ser contraproducente, porque ese exceso perjudica al desarrollo muscular, lo que á su vez es causa de depresión intelectual.

\* \* \*

El aviador que construye en Port-Breton M. Graham Bell, el inventor del teléfono, basado sobre el principio de las cometas, no está terminado aún. Entretanto se ha concedido privilegio en Boston á un sistema de navegación particular en que también la cometa tiene aplicación principal: una serie de enormes cometas, elevadas por fuertes cables, sostienen una navicilla donde se embarcan los viajeros. Los cables están fijos á una balsa flotante que ofrece la resistencia necesaria para retener las cometas, permitiendo su perfecta elevación.

M. Suni dice, á propósito de este proyecto curioso, que bastaría reemplazar la balsa por los estabilizadores y derivadores Hevré para tener un aparato análogo al globo con que La Vaulx se propone cruzar el Mediterráneo; es decir, un aparato de navegación aérea que puede apoyarse sobre la superficie de las aguas para luchar contra las corrientes atmosféricas y obtener así una dirección relativa apartándose de la corriente del viento.

\* \* \*



En el congreso de electrología de Berna, celebrado el pasado Octubre, el Dr. Foreau de Courmelles presentó un notable trabajo sobre las acciones físicas antituberculosas, según el cual los agentes electro-físicos pueden mejorar las tuberculosis, cualesquiera que sean, á condición de ser bien manejados y proporcionados al estado del enfermo. El ozono, en gran cantidad, conviene al principio de la tisis, y en menor dosis después. Su estado en la atmósfera, en exceso cuando ocurren epidemias de grippe, obra también sobre los tuberculosos, lo que suministra un elemento de apreciación sobre la conveniencia de las estaciones que pueden escogerse.

También la luz química ha dado buen resultado; la galvanización puede reivindicar igualmente algunas curas, y la franklinización ha producido buenos efectos.

Las quemaduras solares, lo raro del lupus en los países cálidos y algunas curaciones accidentales al sol parecen ser el origen del empleo, primero inconsciente y luego racional de la luz química, cuya acción es electrolítica, anestésica y microbicida.

Fotografías comparativas demuestran la cura de diversas tuberculosis cutáneas y oseosas, y hasta la tuberculosis pulmonar al principio desaparece bajo la acción de la luz química concentrada.

La compresión, enseñada aún como indispensable en el tratamiento fototerápico, es á veces inútil con el empleo de los aparatos más modernos, que permiten cuidar las lesiones internas que suelen ser el principio de la afección tuberculosa, como el lupus de la garganta y de la cara y que no se podía hasta que se extendía por la cara.

En resumen; técnica é instrumental nuevo, resultados más fáciles y menos dispendiosos, campo de aplicación terapéutico más extenso: tal es el balance actual de los progresos de la fototerapia.

••

De algún tiempo á esta parte, se emplea con éxito la propiedad conductora de los metales y de las capas metálicas para determinar la existencia y aun la riqueza de las minas sin recurrir á profundas y costosas excavaciones.

El procedimiento es sencillísimo: para explorar capas en que se supone la existencia de minas metálicas, se emplean hilos telegráficos atravesados por una corriente, que comunican con largas barras metálicas introducidas á gran profundidad. La parte subterránea comprendida entre esas barras forma parte del conductor general, y según la resistencia que ofrezcan al paso de la corriente eléctrica, resistencia que puede medirse sin dificultad por medio de aparatos dinamo-eléctricos, puede deducirse fácilmente:

1.º Que no hay minas, si la resistencia es la misma que la que ofrecen por término medio los terrenos ordinarios.

2.º Que hay capas metálicas, si la resistencia es mucho menor, porque, siendo los metales buenos conductores de la electricidad, ofrecen, por consiguiente, débil resistencia al paso de la corriente.

3.º Por último, que las minas son muy ricas, si esta resistencia es no solamente menor, sino hasta insignificante.

Por ese procedimiento se han encontrado recientemente minas riquísimas de cobre. Una resistencia media de 50.000 ohms cayó de repente á 60 ohms sobre una parte determinada del terreno de observación.

La electricidad adivinadora, denominada «la hada de los tiempos modernos», acaba de revelar la existencia del tesoro.

••

Otro servicio de la electricidad ha de permitirnos fijar el ázoe de la atmósfera, problema cuya solución es importantísima para el porvenir de la humanidad, amenazada de agotar un día su provisión de engrase indispensable á la agricultura.

La revista inglesa *Electrical Investments* anuncia que los químicos Bradley y Lovejoy, después de muchos años de trabajos, han logrado obtener grandes cantidades de óxido de ázoe producidas por el paso de descargas eléctricas en el aire atmosférico. Este primer resultado les inspiró la idea de transformar este óxido en ácido nítrico, que transformaron en seguida en nitrato ó azotato de sodio por la adición de sosa cáustica.

Ese precioso nitrato arrancado á la atmósfera suministra fácilmente á los vegetales el ázoe, que es uno de sus elementos esenciales, como también de todos los seres organizados, y aunque su proporción sea menos considerable en las plantas que en los animales, es siempre beneficioso para todos, ya que de los vegetales sacan en definitiva los animales, por vía mediata ó inmediata, el nitrógeno indispensable á su constitución.

Conviene observar aquí que el origen primero del ázoe que concurre á formar los principios inmediatos de los vegetales no se conoce aún con la precisión absoluta que es de desear, ni tampoco el ciclo de las transformaciones que sufre este elemento á partir de las materias azoadas del suelo ó de la atmósfera.

El ilustre Berthelot, gloria de la ciencia, fué quien emprendió el primero someter esas cuestiones á un nuevo examen en la estación química vegetal de Meudon, dedicándose especialmente al examen de los azotatos que existen en los tejidos de ciertas plantas, así como al estudio de su origen y de su misión en la fisiología vegetal.

Varias especies de plantas fueron así observadas y analizadas en todas sus partes, desde la siembra hasta la reproducción de las semillas en todas las fases de la vegetación.

Estos experimentos, apoyados sobre multitud de análisis, han establecido la existencia de una nueva función vegetal que da lugar á la formación de los nitratos en el seno de ciertos tejidos vegetales y durante un período determinado de la vegetación.

Ya anteriormente había reconocido Berthelot la presencia de los azotatos en algunas plantas; pero los trabajos del gran químico á que antes hacemos referencia son los que han aclarado y generalizado la cuestión. Efectivamente, los análisis que ha ejecutado sobre las familias de las plantas más variadas, le han permitido generalizar los resultados y llegar á la conclusión de que todos los vegetales contienen azotatos, al menos durante cierto período de su vegetación.

Esto nos recuerda que M. Crooks declaró en plena sesión de la *Royal British Association* que el agotamiento de los engrases ó abonos sería inmediatamente seguido del hambre universal, y que de ese terrible conflicto estaba amenazada la humanidad en plazo más ó menos lejano, si no se hallaba el medio de extraer de la atmósfera, que lo posee en cantidad inagotable, el nitrógeno necesario.

Desde ese punto de vista, los trabajos de Bradey y Lovejoy son interesantísimos y su ejemplo merece ser seguido.

Sabido es que no estamos en vísperas de sufrir escasez de cuerpos azoados, porque sin contar con los engrases animales, vegetales y minerales, sólo en los residuos de las fábricas de gas de alumbrado, tenemos una producción anual de 400.000 toneladas de sulfato de amoniaco, y el amoniaco es una combinación de ázoe y de hidrógeno; pero el gas de alumbrado proviene de la hulla, y nadie ignora que el problema del agotamiento de ese combustible preocupa tanto como el de los abonos naturales.

A conquistar, pues, en definitiva el ácido del aire debemos dirigir nuestros esfuerzos,

procurando de paso arreglarnos de modo que esa conquista de la ciencia no se monopolice en manos de los privilegiados, aumentando con una nueva riqueza la usurpación que vienen perpetrando á través de los siglos contra los desheredados, sino procurando que tan precioso auxiliar de la vida, junto con toda la riqueza natural y social, entre á formar parte del patrimonio universal.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

## EL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA

EN EL TEATRO ESPAÑOL: MALAS HERENCIAS, drama en tres actos y en prosa, escrito por D. José Echegaray.

Cuando genios juzgan la obra de una personalidad literaria, hablen bien ó hablen mal de la obra juzgada, no corren peligro su talento ni su sinceridad. Cuando críticos de mis condiciones examinan dramas de Echegaray, pueden decir impunemente cuanto se les antoje, sin temor de que padezca en lo más mínimo la fama adquirida por el dramaturgo.

Es, pues, la mía una situación inmejorable para poder hablar de *Malas herencias* con entera franqueza. Pero antes de hacerlo he de suplicar á todo el mundo, á los autores que someto á mi examen particularmente, que me dejen exponer con libertad los juicios que sus obras me inspiran, que no se ofendan, que no me odien, que no traten de ejercer sobre mí la coacción que siempre ejerce el pensar que los autores á quienes juzgo pueden creerse ofendidos. Me propongo emplear en estas revistas teatrales la intención y el lenguaje de los niños, me propongo ser sencillo y sincero sin pensar en hacer daño; al contrario, procurando endulzar con el cariño el amargor de las verdades que amarguen.

Que no se tenga en cuenta lo que este humilde revistero diga, pero que se le deje expresar lo que piensa sin que le acarree enemigos. Los autores que así no obrasen, los que pusieran el orgullo propio encima del juicio ajeno, los autores que odiaran al crítico que hallase peros en sus comedias, jamás producirán obras geniales, porque el que es pequeño en su trato con la gente, lo es también con la pluma en la mano.

Y dicho esto á guisa de preámbulo, que entenderán los que han de entenderlo, beso en la frente al anciano Echegaray, me arrodillo ante el artista si es preciso, en señal de respeto, y digo:

Dos jóvenes que se quieren (Víctor y Blanca), á pesar de que Víctor ha muerto en desafío al hermano de Blanca momentos después de haber quitado este hermano la vida al tío de Víctor, no pueden proporcionar elemento dramático á una obra de la naturaleza de *Malas herencias*.

El caso es: dos enamorados que quieren casarse y sus familias que por odios antiguos se oponen al casamiento, y después de luchar el amor de unos con el odio de otros y de haber quedado en el combate las vidas de los parientes más próximos de los amantes, éstos se casan.

Personas capaces de obrar con la despreocupación de Víctor y Blanca, para unirse ó para casarse no esperan que se consuma la tragedia; al contrario, la evitan poniendo tierra de por medio desde el final del primer acto, que es cuando el hermano de

Blanca y el tío de Víctor demuestran que son dos bestias. Y siendo la base del drama el empeño que unos tienen en casarse y el que otros manifiestan en impedir el casamiento, dicho está que la base del drama es falsa. Las soluciones que corresponden á espíritus y á estados como los de Víctor y Blanca son: unirse sin más preámbulos ó depositar á Blanca judicialmente mientras se arreglan las cosas para legalizar la unión.

Y esto debía haberse hecho ocultándose y prescindiendo del tío y del hermano, antes de que se matasen como fieras.

Los amantes que reúnen la mentalidad necesaria para prescindir del recuerdo de sus familias cuando un río de sangre los coloca en situación de ánimo difícil y deprimente, la reúnen también para prescindir de la voluntad de la familia y de las murmuraciones del vulgo en todo momento y ocasión.

¡Ah, es que con lógica en los caracteres el drama de Echegaray no es posible! Bueno, pues en mi sentir, no deben escribirse dramas sin la indispensable relación entre los sentimientos, las ideas y los actos.

Los que consideren que el artista puede formarse un mundo particular y producir conflictos morales con hombres que sólo existen en la imaginación del autor, hallarán excelente *Malas herencias*, pero los que como yo estimen que el arte ha de conmover y que para conmover es preciso que el elemento dramático sea humano y naturalísimo, reconocerán que *Malas herencias* es una figura retórica: no un pedazo de vida echado sobre las tablas para emocionar otras vidas.

\* \* \*

Asunto que interesa, no ya á la psicología de los personajes creados por el autor, sino á la psicología del autor mismo, es el siguiente;

La moral de *Malas herencias* es ibseniana: el individuo contra las preocupaciones sociales, el individuo contra la idea heredada de las multitudes. Pues bien; autor que tan valiente y modernamente piensa, ¿cómo pone empeño en justificar *moralmente* la fuerza y el odio; cómo pone en boca de su protagonista palabras de muerte y de venganza?

El desprecio de la sociedad es lógico en moral tan elevada como la de *Malas herencias*, mas no es natural que quien así piense tenga el corazón lleno de odio.

Falta aquí también relación psicológica entre la idea y el sentimiento.

El artista debe tener el mérito de producir y de crear el encono y el odio; pero el amor ha de brotar espontáneo de su corazón, porque sin amor el arte es imposible. ¡Como que al fin y al cabo el arte no es más que una fecundidad del propio amor!

\* \* \*

El último drama del Sr. Echegaray es pobre, triste, muy pobre, muy triste; no por su fin trágico, sino porque en él no hay nobles sentimientos, ni rayos de luz, ni caracteres generosos. Víctor, que podía ser un carácter generoso con poco esfuerzo por parte del autor, tres veces recuerda á Blanca que el padre de ésta fué la causa de la muerte del padre de Víctor, y una llega hasta decir á la pobre joven que él, Víctor, debe ser muy despreciable cuando la ama á pesar de todo. Esto es cruel siempre; en la situación en que se dice lo es más.

En *Malas herencias* no hay generosidad... ni genio... todo es pequeño. Los mismos amigos que completan el cuadro y contribuyen al drama en clase de testigos, son casi idiotas; ninguno muestra un corazón sano ó una inteligencia iluminada. Allí falta un hombre. La pobre Blanca es mártir de todo el mundo. Los amigos la critican; su hermano y el tío de Víctor la odian, y Víctor, su amante, se complace en atormentarla,

más que por sus malos instintos, por su inteligencia limitada. Si alguna vez Blanca está alegre, es porque su corazón, dispuesto á reír, se empeña en ver bellas las cosas, no porque el cuadro que tiene ante sus ojos sea risueño, ni porque el hombre amado sea digno de ella.

\*  
\* \*

¿Cuándo se convencerá el Sr. Echegaray de que las personas en la vida real no hablan como escriben los académicos? Ni los mismos académicos, en sus conversaciones con los amigos, usan el lenguaje de cuando escriben, y no hay por qué decir cómo deben hablar los inmortales del idioma cuando tienen el ánimo dominado por el dolor, cuando las pasiones ofuscan su inteligencia, cuando la lengua se niega á pulir la frase y el pensamiento á buscar la palabra bella y apropiada. Entonces la retórica del hombre es casi el rugido, el sollozo, la inarticulación. Sin embargo, los personajes del Sr. Echegaray, hasta en su calidad de materia trágica, son retóricos.

Para dar idea del abuso de la poética y de la retórica que hay en *Malas herencias*, basta decir que Víctor, al final del drama, cuando viene de matar al hermano de Blanca, contesta á ésta que le pregunta por el resultado del duelo, con un trozo de retórica. La escena es trágica, horriblemente trágica. Se sabe que el tío de Víctor se ha batido con el hermano de Blanca, y que aquél ha perecido en el combate; se sabe que Víctor está batiéndose en aquel momento con el matador de su tío; Blanca espera angustiada las consecuencias del segundo lance, y cuando Víctor se presenta descompuesto de ropa y de semblante, retratando en *su todo* un tremendo golpe moral, contesta cosa parecida á la siguiente á las preguntas de Blanca, que desea saber de su hermano.

—«Te diré..., te diré lo que decían los testigos al llegar yo al campo, refiriéndose á mi tío: muerto ó mal herido se lo han llevado.»

Estas palabras no pueden ser más impropias del estado de ánimo del que las pronuncia ni del ambiente que el cuadro respira. En aquel instante, humanamente no cabe más que el sollozo y el desespero. Lo más natural era arrojarle en brazos de Blanca y llorar, llorar mucho por haber dado muerte á un hombre que además era hermano de su adorada.

Las palabras sobran; ni las necesita el público para comprender las consecuencias del lance. Las lágrimas de Víctor en brazos de Blanca hubieran sido la encarnación de la realidad y del arte.

\*  
\* \*

La estructura de la obra es muy anticuada.

Aparte el abuso que se hace del cuento, los personajes aparecen en escena cuando se habla de ellos, y se habla de ellos cuando hacen falta para continuar el drama á gusto del autor.

\*  
\* \*

El desempeño de *Malas herencias* se puede calificar de magistral, refiriéndose á unos actores; de bueno, hablando de otros, y de regular, aludiendo al resto.

María Guerrero *presentó* la impresionabilidad y el histerismo de Blanca con gran naturalidad y soltura; estuvo bien toda la noche, superior en dos escenas del segundo acto: una luchando con la animalidad de su hermano y otra luchando con su dolor.

Díaz de Mendoza, más hombre que nunca, más natural que nunca; el público muchas veces escuchaba al amigo, no al cómico, porque el cómico se había convertido en una persona conocida que nos cuenta episodios de la vida propia con naturalidad abs-

luta. Regresó del *campo del honor* al final de la obra, como si de verdad hubiese dado muerte á un hombre con los caracteres trágicos con que se indican en el drama.

Las señoras Cancio y Martínez y el Sr. Cirera no echan á perder ningún papel por exceso ni por defecto de entusiasmo. Taday nos pareció que exageraba un poco su mal humor, así como Urquijo su prudencia; algunas veces podía demostrar más genio; todo el mundo abusa de la hospitalidad de su casa. Medrano, bastante bien en su corto papel. Mariano Díaz de Mendoza no halló la nota justa de la seriedad sin la afectación. Aquel joven había de causar sobresalto con los gestos y ademanes habituales.

\* \* \*

Y ahora, actores queridos y autor mil veces respetado, pídoos que no os molestéis por lo que de vosotros cuenta este crítico, y os lo pido únicamente porque siempre es de sentir molestar á los demás; yo lo siento más que muchos.

ANGEL CUNILLERA

---

## LA BANCARROTA DE LAS CREENCIAS

---

A MI HERMANO J. PRAT.

La fe tuvo su tiempo; tuvo también su quiebra ruidosa. No quedan en pie á estas horas, sino solitarias ruinas de sus altares.

Si preguntais lo mismo á las gentes cultas que á las que todavía llevan taparrabo intelectual, y quieren contestaros en conciencia, os dirán que ha muerto para siempre la fe; la fe política, la fe religiosa, hasta la fe científica que ha defraudado tantas esperanzas.

Muerto todo el pasado, las miradas se dirigieron al sol naciente. Las ciencias tuvieron sus himnos triunfales. Y sucedió que la multitud dióse nuevos ídolos, y ahora mismo andan por ahí los conspicuos de las creencias nuevas predicando á diestro y á siniestro las excelsas virtudes de la dogmática científica. La logorrea peligrosa de encomiásticos adjetivos, la charla sempiterna de los sabios de guardarropía, nos pone en trance de que con razón se proclame la bancarrota de la ciencia.

En realidad de verdad no es la ciencia la que quiebra en nuestros días. No hay una ciencia, hay ciencias. Y lo que no existe no puede quebrar. Si se pretendiera todavía que aquello que está en perpetua formación, aquello que constituye ó va constituyendo el caudal de los conocimientos, hace bancarrota en nuestra época, demostraríamos únicamente quien tal dijera, que buscaba en las ciencias lo que ellas no pueden darnos. No quiebra la labor humana de investigar y conocer; lo que quiebra, como antes quebró la fe, son las creencias.

La comodidad de creer sin examen unida á la pobreza de la cultura general, ha dado por resultado que á la fe teológica haya sucedido la fe filosófica, y más tarde, la fe científica. Así, á los fanáticos religiosos y á los fanáticos políticos, siguen los creyentes de una multitud de *ismos*, que si abonan la mayor riqueza de nuestro entendimiento semi-emancipado no hacen sino confirmar las atávicas tendencias del humano espíritu.

Pero ¿qué significa el clamoreo que á cada paso se levanta en el seno de partidos, escuelas y doctrinas? ¿Qué es ese batallar sin tregua entre los catecúmenos de una misma iglesia? Es sencillamente que las creencias quiebran.

El entusiasmo del neófito concurre lo mismo que la aparición de nuevas doctrinas á

la rápida elaboración de las creencias. Se anhela algo mejor, se busca un ideal, se desea ejercitar las actividades en algo noble, elevado, grande, y apenas hecho ligero examen si se topa con la nota que repercute armónicamente en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, se cree. La creencia arrástranos entonces á todo; dirige y gobierna nuestra existencia entera, absorbe todas nuestras facultades. De este modo es como las capillas, como las iglesias, chicas ó grandes, se alzan por todas partes. La creencia tiene sus altares como los tuvo la fe.

Mas hay una hora fatal, inevitable, de interrogaciones terribles. Y esta hora es aquella en que un pensamiento maduro se pregunta á sí mismo la razón de sus creencias y de sus amores ideológicos.

La palabra ideal, que era algo así como la nebulosa de un dios en cuyo altar quemábamos el incienso de nuestros entusiasmos, se bambolea entonces. Algo se desmorona dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificio cuyos cimientos flaquearan. Sentimos molestos con los compromisos de partido y de opinión, tal como si nuestras propias creencias llegaran á convertirse en atadero inaguantable. Creíamos en el hombre y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas y ya no osamos afirmarlas. Gozábamos el entusiasmo de una regeneración positiva é inmediata y ya no lo gozamos. Tenemos miedo de nosotros mismos. ¡Qué prodigioso esfuerzo de voluntad para no caer en la más espantosa vacuidad de ideas y de sentimientos!

Allá va la multitud arrastrada por la verbosidad de los que no llevan nada dentro y por la ceguera de los que creen andar repletos de grandes é incontestables verdades. Allá va la multitud prestando con la inconsciencia de su acción, vida aparente á un cadáver cuyo enterramiento no espera sino la voluntad fuerte de una inteligencia genial que arranque la venda de la nueva fe.

Pero el hombre que piensa, que medita sobre sus opiniones y sus actos, en la silenciosa soledad á que le lleva la insuficiencia de las creencias, esboza el comienzo de la gran catástrofe, presiente la bancarrota de todo lo que mantiene á la humanidad en pie de guerra.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las batallas diarias de personalismos, de enconos, de odios y de envidias que ponen de relieve todas las vanidades, todas las ambiciones, todas las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba á abajo, no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizamos en la conciencia de los creyentes, de todos los creyentes, no hallaríamos sino dudas é interrogaciones. Confesarán pronto sus incertidumbres todos los hombres de bien. Sólo quedarán afirmando la creencia cerrada, aquellos que de afirmarlo saquen algún provecho, del mismo modo que los sacerdotes de las religiones y los augures de la política continúan cantando las excelencias de la fe que aun después de muerta les da de comer.

¿Es que la humanidad va á precipitarse en el abismo de la negación final, la negación de sí misma?

No pensemos como viejos creyentes que lloran ante el altar que se derrumba. La humanidad no hará otra cosa que romper otro anillo de la cadena que la aprisiona. El estrépito importa poco. Quien no se sienta con ánimos para asistir al derrumbamiento, hará bien en retirarse. Hay siempre caridad para los inválidos.

Cretemos que las ideas tenían la virtud soberana de regenerarnos, y nos hallamos ahora con que quien no lleva en sí mismo elementos de pureza, de justificación y de veracidad, no los puede tomar á préstamo de ningún ideal. Bajo el influjo pasajero de un en-

tusiasmo virgen parecemos renovados, mas al cabo el medio ambiente recobra su imperio. La humanidad no se compone de héroes y genios; y así, aun los más puros se hunden al fin en la inmundicia de todas las pequeñas pasiones. La hora en que quiebran las creencias, es también la hora en que se conoce á todos los defraudadores.

¿Estaremos en un círculo de hierro? Más allá de todas las hecatombes, la vida brota de nuevo. Si las cosas no se modifican conforme á nuestras tesis particulares, si no suceden tal como queremos que sucedan, ello no abona la negación de la realidad de las realidades. Fuera de nuestras pretensiones de creyentes, la modificación existe, el cambio continuo se cumple, todo evoluciona, medio, hombres y cosas. ¿Cómo? ¿En qué dirección? ¡Ah! Eso es lo que precisamente queda á merced de la inconsciencia de las multitudes; eso es lo que, en último término, decide un elemento extraño á la labor del entendimiento y de las ciencias: la fuerza.

Después de todas las propagandas y de todos los progresos de los tiempos, la humanidad no tiene, no quiere tener más credo que la violencia.

Y es fuerza que aceptemos las cosas como son, y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En el momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás á los moldes de una comunidad determinada, llámese A ó llámese B; cuando nos cercioramos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en este momento decisivo es menester que rompamos todos los cachivaches de la creencia, que corremos todos los ataderos y resurjamos á la independencia personal más firmes que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente á manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el *devenir*, el más allá que se aleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más de prisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquellos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquellos que hacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquellos que, puestos á monopolizar en provecho propio, monopolizarían hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hace plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay levadura de la esclavitud y de la explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales pululan el charlatanismo y el endiosamiento; el fanatismo pronto á la intransigencia con el amigo, más pronto á la cobardía con el adversario; la fatuidad que se hembra al amparo de la ignorancia general. En todas partes la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos, pues, que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá, siempre más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de héroe, es menester pasar impávido al través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre las maderas que crujen, los techos que se hunden, los altos muros que se desploman. Y detrás no quedarán sino cenizas, cascote, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba. Para los que



vengan después no restará más que una obra sencilla: desembarazar el suelo de obstáculos sin vida.

Si la caída de la fe ha permitido que en el campo fértil del humano espíritu crezca la creencia, y la creencia á su vez vacila y se inclina marchita hacia la tierra, cantemos la bancarrota de la creencia, porque ella es un nuevo paso en el camino de la libertad individual.

Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado al cepo del doctrinarismo, hagámoslas añicos. Una idealidad suprema para la mente, una grata satisfacción para el espíritu desdeñoso de las pequeñeces humanas, una fuerza poderosa para la actividad creadora, puesto el entendimiento en el porvenir y el corazón en el bienestar de todos los hombres, quedará siempre en pie, aun después de la bancarrota de todas las creencias.

En estos momentos, aunque se espanten los mentecatos, aunque se subleven todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere; más allá de la anarquía hay también un sol que nace, que en sucesión del tiempo no ha y ocaso sin orto.

R. MELLA.



**Carne de nuestra carne, y sin embargo...**

(De *La Volé du Peuple*.)

## DE LA LIBERTAD

### II

Creerse libre por el solo hecho de que constitucionalmente así lo declara la ley, es el mayor de los errores sociales.

La traidora metafísica gubernamental engaña á los pueblos con sus fórmulas varias. Asegura que los ciudadanos son libres, y al mismo tiempo hace pesar sobre ellos un cúmulo enorme de disposiciones prohibitivas.

«¿Podéis ir de un punto á otro sin pedir permiso, ni comer de todo fruto de la tierra, ni disponer del fruto de vuestro trabajo, ni mojar siquiera un dedo en el agua del mar para sacar el alimento que cuece en vuestra pobre vasija de barro sin exponeros á pagar una multa ó á ser condenados á cárcel pública como ladrones? Y si no podéis, ¿cómo decís que sois libres?»

Así se expresa, muy sabiamente por cierto, Lamainé. Y tiene razón sobrada para ello, porque ¿dónde hallaremos la libertad de ese *pueblo libre* á quien la explotación estruja, domina la ley y escarnece la autoridad?

Ciertamente, no consiste la verdadera libertad en el hecho frívolo y sin trascendencia social alguna de que se adopte una constitución política y se promulguen unas leyes tan liberales y democráticas como se quiera, pero que luego, después de promulgadas *solemnemente*, quedan sin efecto, *acatadas pero no cumplidas*, convertidas en eso que hemos dado en llamar *letra muerta*.

El espíritu liberal de las leyes democráticas, como no se halla inspirado en la independencia económica de los *ciudadanos*, al tomar cuerpo legal en el articulado de leyes anodinas que nadie observa, respeta ni hace cumplir en cuanto atañe al bien del pueblo, queda cristalizado de hecho, y sólo representa una burla, una gran burla, la más sangrienta de las burlas innumerables lanzadas por tiranos y explotadores sobre la masa embrutecida de los hombres honrados que, con punible é inviril rebajamiento, trabajan resignados para nutrir vientres ajenos.

La soberanía individual, soberanía en que radica la gran soberanía, la soberanía colectiva, que es, indisputablemente, *la soberanía por excelencia soberana*, no puede estar á merced de los caprichos coercitivos de la ley.

El pueblo será realmente soberano, cuando el individuo, emancipado y libre, igual á todos sus semejantes en el disfrute del derecho y en las evacuaciones del deber, proclamando su autonomía integralmente, deje al fin de ser el esclavo de las leyes, para vivir libremente en *sí* y para *sí*, como *fin* y no como *medio*.

Además, dígase lo que se quiera, democráticamente hablando, la soberanía del pueblo es un mito, una quimera ideal, esto cuando no se convierte, como sucede con bastante frecuencia, en el *inri* afrentoso con que los privilegiados profanan la augusta frente de los productores. Siempre que el pueblo pretende hacer valer sus derechos constitucionales, es atropellado y escarnecido por sus gobernantes.

El *sufragio universal*, lejos de producir en la práctica los efectos saludables de liberar al pueblo, ha producido, por el contrario, la degradación política de las masas electorales que se venden y compran mutuamente, como rebatos de bestias sin conciencia, haciendo abdicación de su *ideal soberanía por un vil puñado de cobre*.

¡El pueblo soberano!

¿Se nos quiere decir dónde está la soberanía de ese pueblo á quien se oprime, explota, atropella, humilla y tiraniza?

¡Soberano el pueblo, soberano ese pueblo inconsciente que yace esclavizado bajo la vil cadena del salario, humillado, hambriento, embrutecido y miserable! ¿Es eso posible?

No; el pueblo no es soberano, porque no es libre; el pueblo no es soberano, porque está vilmente sujeto á sufrir la explotación de los capitalistas y las imposiciones y atropellos de la autoridad. El pueblo no es soberano, porque obedece, porque sufre, porque se deja humillar, porque arrastra cadenas, en fin.



Para justificar la ideal soberanía de que los *pseudodemócratas* gubernamentales suponen investido al pueblo, aseguran—ellos sabrán con qué razón—que el pueblo es nada menos que el *supremo legislador*, y que, en sus soberanas funciones de tal, de él emanan, bien que indirectamente, todas las leyes, derechos, usos, prácticas y procedimientos legales por que se rige y gobierna la sociedad en el conjunto armónico de sus múltiples manifestaciones.

Hácense tales afirmaciones así, sin pudor, faltando abiertamente á la verdad, ni más ni menos que si fuera un hecho cierto é indiscutible eso del *supremo poder legislativo* atribuido donosamente al pueblo, y cuando todos sabemos, con certeza evidente, que las leyes están en su totalidad trabajadas por los que viven, campan y medran á expensas del sudor ajeno y para que sirvan, única y exclusivamente, de *cadena legal* con que tener atraillados, en humillantes aherrojaciones, á las masas del pueblo esclavizado.

Háblasenos también, y como para remachar el clavo de eso, de la tan decantada soberanía del pueblo, de la igualdad social de todos los ciudadanos ante las leyes escritas. Pero el caso es que la misma existencia de las leyes, de esas leyes opresoras que suponen restricción en la libre iniciativa individual y colectiva de los ciudadanos, implica la negación de la tan asendereada soberanía del pueblo, y, asimismo, la bancarrota de la igualdad ante las leyes, ya que esas leyes no son, no pueden serlo, de ninguna manera, igualmente beneficiosas, y por tanto, de acatación provechosa á los intereses y bienestar de todos los seres humanos.

Mas aunque las leyes en su esencia aplicativa y legal fueren justas, cosa realmente imposible dada la evidente vulnerabilidad corruptora de la falsa base sobre que se levantan, de nada ó para nada bueno servirían las leyes, ya que los encargados de interpretarlas y hacerlas cumplir, adscritos, como desde luego lo están, al mundo del privilegio, procuran y procurarán siempre, en toda ocasión y momento, inclinar la *balanza de la justicia de las leyes* del lado de los poderosos, con perjuicio palmario de los desheredados y de los trabajadores.

Y si no, permítasenos pasar á examinar el asunto con algunas reflexiones ilustrativas arrancadas de la vida real.

La ley es igual para todos en sus rigores restrictivos, correctivos y reparativos. Esto se asegura y consigna teóricamente. Ahora veamos cuán distintamente se procede en las aplicaciones prácticas de la ley, según sean las condiciones sociales de sus diversos infractores. El caso que vamos á presentar merece ser reflexionado atentamente.

Supongamos por un momento que un grupo de industriales y fabricantes de una localidad cualquiera de España, puestos previamente de acuerdo, se coligan y en un día determinado, cierran sus establecimientos, paralizan sus industrias y despiden, como es consiguiente, á todos los trabajadores que de ellos dependen, pretendiendo, no solamen-

te rebajar los exiguos jornales que los obreros perciben por la venta diaria de sus esfuerzos de trabajo, sino que, además, los patronos, puestos á exigir y prevalidos de los grandes elementos de lucha con que cuentan económicamente hablando, exigen también á los obreros—como condición indispensable, si quieren volver á trabajar—*que dejen de pertenecer á cuantas sociedades de resistencia tengan legalmente constituidas las masas trabajadoras de la localidad en cuestión.*

Esto, bien claramente se ve, constituye *un flagrante delito de coacción colectiva*, un tremendo atentado contra la práctica legal de las leyes vigentes y de los derechos individuales y sociales reconocidos á todo español ó residente en España por la Constitución del Estado. Pero como en este caso concreto son ricos patronos y tal vez opulentos millonarios los infractores de la ley, *nadie se meterá con ellos*, las autoridades se *achican*, se *hacen las sordas*, consienten que las leyes sean violadas y el atropello patronal queda sancionado con todos los honores y horrores de la impunidad tolerada.

Los acaparadores de la riqueza son fuertes, soberana y arbitrariamente fuertes, y están, por tanto, en su *más perfecto derecho al escarnecer el sagrado de la libertad individual* y al ciscarse soberanamente en lo que las leyes disponen.

Mas, si variando las circunstancias, suponemos que son los obreros los que, cansados de sufrir los brutales esquilmos del capital, *se declaran en huelga*, al momento, inmediatamente, con el más fútil pretexto se suspende de hecho y de derecho la normalidad constitucional; y agentes de orden público y municipales, mozos de escuadra y guardias civiles, jueces y escribanos, alguaciles y carceleros, en fin, toda la inmensa nube liberticida que constituye el gran embrollo autoritario legalista, toda caerá al instante, brutalmente, con furias arrolladoras de verdadera tromba marina, sobre los inermes obreros, bastando tan sólo que cualquiera infeliz trabajador se permita el inofensivo desahogo de invitar á sus compañeros de explotación é infortunio á secundar virilmente el movimiento huelguista, para que sea acto seguido preso, procesado y encarcelado por *delito de coacción*.

¿Dónde está aquí la igualdad ante la ley? ¿Quiénes son los verdaderos delinquentes por *coacción*, los obreros, que reclaman el concurso personal de sus camaradas de trabajo para poner algún coto á los punibles desmanes de los explotadores de su fuerza, ó los patronos, que se confabulan conscientemente para producir la *disolución de las asociaciones obreras* autorizadas por la ley?...

Los obreros, al holgar, ejercitan un derecho reconocido universalmente. Los patronos, al oponerse sistemáticamente á que los obreros se organicen y asocien, cosas ambas reconocidas y patrocinadas por la vigente ley de asociación, no sólo cometen un delito de coacción cínica y premeditadamente perpetrado, si que también se oponen, *como verdaderos rebeldes*, á que puedan tener sanción práctica las disposiciones de la ley. Y esto constituye un delito penable de suma gravedad, por lo agravante de las circunstancias en que suele ser engendrado siempre que se produce.

Pero no haya miedo, no; no haya miedo de que las autoridades se metan con los patronos ostensiblemente delinquentes. Son éstos los afortunados poseedores del capital, los ricos y los potentados, y sabido es que en este *bajo mundo*, *quien posee ó manda*, está exento de cumplir las leyes en sus aplicaciones más justas, dignas y transcendentales.

No hay, pues, que darle vueltas al asunto; la soberanía del pueblo, hoy por hoy, mal que pese á los panegiristas honorables de la democracia, es un mito, una bella ficción quimérica, algo así tan pueril é inocente como el prosaico sonajero con que se engaña y divierte á los niños de pecho.

Pero día llegará en que el pueblo, rompiendo con toda tradición absurda y dejando

de ser el esclavo inconsciente de las leyes escritas, suba varonil y triunfante al Tabor luminoso de su transfiguración y de su gloria, para proclamarse libre y soberano positivamente, por toda una eternidad.

DONATO LUBEN

## CONCEPTO DE LA ANARQUÍA

Es preciso no perder de vista nunca lo que significa la palabra «anarquía», ó mejor, lo que es, lo que representa, lo que *instituye* esta palabra en nuestras críticas respecto á las varias fórmulas ó sistemas consecutivos al bienestar de la humanidad que se presentan en el horizonte indefinido del progreso.

No podemos tener como á tales, los anarquistas, un criterio cerrado y por consecuencia limitado respecto á la manera cómo deberá regirse la sociedad del porvenir hecha que esté la revolución social; es decir, destruido que se haya el orden social existente con todo el fárrago de leyes políticas y económicas, autoridad, propiedad, religión, etcétera, etc., porque sería negar nuestra propia doctrina, la esencia misma de nuestro ideal de libertad.

La anarquía, además de ser la representación del *sin gobierno*, es la genuína expresión de la libertad total: libertad de pensamiento, libertad de acción, libertad de expresión, libertad de desenvolverse; todos cuantos conceptos puedan considerarse libres, los representa la acracia.

Ahora bien: entendiendo que la anarquía es lo que acabo de decir, cuantos quieran vivir en la amplia atmósfera de una situación libre y sean enemigos de la autoridad; cuantos, llámense A ó B, suspiren porque la humanidad encuentre su bienestar, liberada de esclavos y de señores, de dirigidos y de directores, son anarquistas, puesto que la anarquía es la genuína representación de la libertad en todas sus manifestaciones.

En el camino que recorreremos encontramos diversas maneras de apreciar lo que será la sociedad futura; ¿sería razonable, por ejemplo, que yo dijera: poseo la certeza absoluta respecto la manera cómo se regirá la sociedad del porvenir; la fórmula de la sociedad ideal que mi cerebro ha forjado es la que prevalecerá, la que se imponga á los humanos hecha que esté la revolución social? No; porque se me podría objetar: «prevalecerá en los que estén conformes con ella, de ninguna manera en los que no lo estén; suceder lo contrario no sería posible, puesto que no habría quien lo impusiera ó dejaría de ser anarquía».

Todas las tendencias antiautoritarias son dignas de respeto y de estudio, como abonadas que están en el campo acrata. Aun cuando más allá de la anarquía no hay nada, no puede haber nada, porque ella representa una idea absoluta, puesto que es la libertad absoluta, más allá del colectivismo, más allá del comunismo, más allá del individualismo puede haber algo, lo hay ya, sin duda, y por ello no debemos ni podemos los anarquistas cerrar nuestro criterio en los estrechos moldes de un sistema económico, que por el mero hecho de que en la célula y en el hombre todo se renueva y transforma, sufrirá él las renovaciones y transformaciones consiguientes á todo organismo social.

La anarquía es la base de una sociedad que será justa, porque sus miembros serán libres; pero dentro de lo que representa la anarquía caben infinitas de fórmulas. Sobre

La base libertaria con seguridad se sentarán muchos sistemas, como sobre la base de la autoridad se han levantado un sinnúmero de formas de gobierno. Después vendrán las afinidades entre individuos, entre grupos, entre masas que pactarán lo que les convenga ó quieran.

Si un individuo quiere vivir completamente aislado, así vivirá, sin que nadie le imponga otro sistema de vida; si prefiere la comunidad, en la comunidad estará; si cree que la civilización es un bien, un goce, que representa una suma de bienestar digna de disfrutarse, en ella permanecerá; si, por el contrario, cree que los refinamientos de la civilización han traído las enfermedades y la degeneración de las razas, se irá en lo frondoso de los bosques ó en las fértiles praderas á gozar y á deleitarse en la contemplación de la Naturaleza. A éste, que se contentará con las acariciadoras auras, con el perfume de las flores, con las armonías de Natura, le bastará un trabajo simple para satisfacer sus necesidades; para el que busque los goces de la civilización necesitará un trabajo complejo. La vida será lo que nosotros querramos sea; no una imposición continua, como es en la actualidad.

A lo menos este es mi parecer, y porque es este mi parecer soy anarquista. Si la anarquía fuera un ideal que, como cualquiera otro de los que dominan en el campo autoritario, impusiera dogmas, coartara iniciativas, cohibiera sentimientos, dejaría de ser anarquista, porque ante todo y sobre todo está mi libertad, que no la abdicó por nada ni por nadie. Mi profesión de fe anarquista no puede sufrir bancarrota alguna, porque en mi pensamiento, en mi voluntad, en mi ser todo, radica la fuerza que la forma.

Con este concepto que tengo formado de la anarquía, me importa poco cómo proceden ó piensan los que vayan delante de mí ó vengan detrás. Mi fe ardiente, mi convicción profunda de que la humanidad gozará del bienestar que es justo goce más ó menos pronto, pero que lo gozará si á los que luchan no les hacen desmayar los contratiempos que los rodeen, y á pesar de que desmayen, hace que no puedan tener cabida en mí los pesimismoes que brotan de los eternos descontentos, cuyo único goce consiste en atormentarse á sí mismos.

Pulula en mi cerebro la forma de sociedad en que yo viviría si tuviera la inmensa dicha de alcanzar el día de tanto bien; pero nunca creeré, ni nunca pretenderé crear los demás que es la única forma de sociedad posible. Mis nervios, mis sentimientos, mis gustos, no son los de la humanidad, y puede muy bien gustarme á mí una cosa que para la inmensa mayoría sea detestable. Como anarquista no puedo imponer nada á nadie; como persona de sentido común, mucho menos. He ahí por qué estoy firme en mi terreno de lucha.

Vengan, pues, á nosotros cuantos amen la libertad y odien la autoridad; nuestro campo es inmensamente grande, tanto, que caben en él todas las fórmulas humanas que parten de la base de que ha de vivirse *sin gobierno* y de que ha de disfrutarse de toda la libertad posible, esto es, hasta donde llega el respeto á la libertad ajena.

Dice Malato en su *Filosofía del anarquismo*, que las grandes fórmulas del porvenir son *autonomía* y *federación*. Con ellas queda á salvo todo criterio, por cuanto con la primera se obtiene la libertad que pudiera creer alguien tener sujeta con la segunda. El hombre autónomo pactando ó federándose con lo que necesite ó quiera. La libertad individual sobresaliendo siempre, puesto que aun en el seno de la comunidad podrá serse libre.

El ideal anárquico, hijo más bien de la marcha de los acontecimientos que de las concepciones de los filósofos, será el que salve á la Humanidad.

Sepamos nosotros ser dignos de él, portándonos como tales, y habremos cumplido con nuestro deber, que no es otro que el trabajar para que la Humanidad llegue á alcanzar su bienestar lo más pronto posible.

SOLEDAD GUSTAVO.

## CURIOSIDADES

*Matrimonio de enanos.*—Se ha celebrado hace pocos días en Nueva York un matrimonio de dos pigmeos, cuya talla apenas llega á una vara. Estos dos enanos forman parte de circos ambulantes de acróbatas. El novio, nacido en Newark, tiene veintitrés años; la desposada, Mme. Robinson, es de Chicago, y su madre figura en los circos como mujer atlética. Pesan cada uno 53 libras.

Los padres de ambos pueden pasar entre los tipos calificados de corpulentos.

Mme. Robinson rompe las cadenas de hierro con facilidad y aplasta las piedras á puñetazos. El padre del enano, y que forma parte del circo de Mme. Robinson, pesa 100 kilos.

Deformidades de la naturaleza, motivadas, sin duda, por agotamiento de las fuerzas físicas procreativas.

\* \*

*Una pesca importante.*—En Yarmouth las barcas pescadoras han traído un botín verdaderamente milagroso. A consecuencia de él, se han puesto á la venta 53 millones de arenques.

\* \*

*Wagons-aquariums.*—Son verdaderos viveros montados sobre ruedas, conduciendo las incubadoras y otros aparejos especiales, en los cuales muchos millones de pececillos pueden recrearse cómodamente durante el viaje. Los depósitos, de una capacidad de cuarenta metros cúbicos, se cargan por medio de resortes elípticos, sobre dos circunferencias con tres ejes de rueda cada uno. Tienen quince metros de largo y pueden engancharse á la cola de los trenes.

La comisión americana de piscicultura ha hecho construir un vapor provisto de inmensos viveros de transporte, destinado á la navegación en los grandes lagos.

Vagones semejantes circulan hace años en las líneas férreas que costean el Rhin, conduciendo el pescado de mar vivo hasta Mayence y Wierbaden.

\* \*

*Medida recomendable.*—Una gran compañía, la Pennsylvania-Railroad, en uno de sus últimos Consejos ha decidido, en el porvenir, indemnizar á los viajeros los retrasos que sufran sus trenes. Esta compañía tiene muchas líneas. En la más importante, la que va de Filadelfia á Chicago, los retrasos serán pagados á un dollar por hora. En las otras líneas, las indemnizaciones serán menos elevadas.

Si en España se tomara tan sabia medida, casi viajaríamos gratis.

\* \*

*Las cebras domesticadas.*—Hasta ahora se había dicho que la cebra era indomable y no podía ser utilizada para la carga como el asno ó el caballo. Puede demostrar lo contrario un colono francés establecido en Africa, muy cerca del monte Kilimandjaro. La caza de la cebra se hace durante los meses de Junio y Noviembre. En inmensas praderas donde los rebaos están en plena libertad, son cercadas por millares de indígenas al servicio de los cazadores. Poco á poco el círculo de bloqueo se estrecha hasta dirigirlos hacia el «Kraal», donde se encierra á los animales cazados. Es un espectáculo verdaderamente emocionante el que ofrecen las cebras: esos antílopes, parecidos á verdaderos gnomos galopando de un lado á otro á través de la llanura, huyendo inatintivamente del daño

que les amenaza. Después de la captura son colocados por grupos, según la edad y el sexo y empieza su educación.

En primer lugar, y esto no es lo menos difícil, se les acostumbra poco á poco al forraje ordinario, luego por ejercicios graduados llega á disciplinarse perfectamente. Esta experiencia, coronada por el éxito, será fecunda en resultados afortunados para el desarrollo de algunas colonias en el Africa, por razón de que la cebra disfruta de una inmunidad completa respecto á las picaduras de la tan famosa y funesta mosca «tsétsé», picaduras que los asnos y los caballos no pueden casi nunca resistir.

\* \* \*

*Descubrimiento de un tesoro.*—Cerca de Castiglione (Sicilia), los desprendimientos de tierra causados por las tempestades han hecho descubrir un tesoro que está evaluado en 75.000 pesetas y se compone de monedas de oro que pertenecen á la época griega. Esas monedas tienen un contorno irregular, son del tamaño de una moneda de bronce de diez céntimos y llevan inscripciones griegas.

\* \* \*

*Operación sorprendente.*—Un cirujano de Chicago ha hecho una operación maravillosa, de la que se habla mucho en los Estados Unidos.

Cayó de un andamio á grande altura un obrero, y habiéndose fracturado el cráneo, debió sufrir el trépano. Una supuración continua le condenó á muerte, pero el cirujano del hospital levantó audazmente la parte del cerebro hundida por la caída y colocó bien el casco óseo después de limpiarlo.

El obrero ha estado algunos días en una postración completa, pero actualmente está en vías de curación. Se levanta, come y, cosa curiosa, sus facultades mentales están perfectamente.

Esta operación es tenida como una de las curas más extraordinarias verificadas por la cirugía moderna.

\* \* \*

*Minas de miel.*—Se han descubierto en los montes de San Bernardo (California), unas minas de miel. Esas montañas están cruzadas de grutas profundas y espaciosas. Desde lejana fecha las abejas han construído allí sus domicilios; las paredes de esas inmensas grutas están tapizadas de panales un poco ennegrecidos por el tiempo; pero de un espesor de muchos centímetros. Cerca de la entrada se encuentran panales más frescos, de algunos de los cuales se desprende una miel excelente.

Representa una verdadera fortuna la miel que hay en aquellos preciosos subterráneos.

\* \* \*

*Explicación de los grabados.*—El de la página 280, representa al capital, al ejército y al clero, nutriéndose de la sangre de los obreros que los mantienen y llevan á cuestras. El que al parar el automóvil se quita el sombrero y saluda, representa al público imbecil inclinándose ante los dioses de la actual sociedad.

El de la página 288, significa el jesuitismo convertido en comerciante de almas y cuerpos, explotando á todo el mundo y oprimiendo á la humanidad con sus tentáculos.

El grabado *Libertad*, de la página 294, tiene por objeto poner de manifiesto la libertad de que goza el pobre actualmente. El que parece un militar, es un policía alemán, y el otro, un trabajador del mismo país. El policía dice al obrero que elija el camino, el uno conduce á la fábrica, y el otro al presidio. La intención es de primera y además muy real; porque el obrero que no quiere morir en el taller explotado, obtiene el presidio por castigo.

*Una cosa es predicar....* grabado que se publica en la página 320, representa un fraile predicando la pobreza á la multitud, mientras él y los suyos se van apoderando de las riquezas del mundo.

LA DAMA GRIS.